

## CÁRCEL

El sol luce radiante en el firmamento y el azul del cielo es tan intenso que parece turquesa. Es un día precioso de invierno y ella decide salir a pasear. Cuando comienza a caminar sus pasos la llevan directamente al parque del Retiro, del que su domicilio no queda lejos. Los días de diario y a esas horas hay poca gente, algún corredor haciendo deporte y abuelos empujando el carrito de sus nietos para aprovechar las horas de sol. El parque está tranquilo. Con sus árboles despojados de hojas, los rayos de luz traspasan las ramas hasta llegar al suelo. El agua del estanque está tranquila, sin barcas surcando el centro del agua. Solo alguna carpa saca la boca por los bordes buscando incesante alguna miga de pan de los restos del domingo. El ruido intenso de la calle Alcalá no llega hasta esos rincones húmedos bajo los árboles. Pasear se hace una delicia en esos días, salvo que como ella, tus pensamientos oscurezcan la luz del sol invernal.

Lleva zapatillas, un vaquero y un anorak de color azul. El pelo suelto y cubierto por un gorro de lana a juego con su bufanda. Las manos dentro de los bolsillos sujetando, en una el móvil y la otra el tabaco. Un bolso pequeño cruza su pecho que va golpeando el muslo a cada paso que da. Las gafas de sol puestas, no solo para impedir que el sol dañe sus ojos sino para que nadie pueda observar el rastro del inagotable llanto de la noche anterior.

Cuando ayer salió con su abogada del juzgado, no era capaz de articular palabra. No era aquello lo que había esperado de la justicia. Ni parecido. Los ánimos de la letrada y sus familiares se fueron al traste al oír lo que el juez llegó a declarar. Había dado el paso, había tomado las riendas de su vida y después de cruzar el infierno en casa tuvo que hacerlo en los juzgados. Declaraciones con la policía, valoraciones psicológicas, más declaraciones con el juez y el secretario, partes de lesiones, volantes del médico de las bajas reiteradas, resguardos de la compra de antidepresivos y tranquilizantes....y así un largo etcétera de papeles y documentaciones. Para llegar a este punto. Para saber que a partir de ahora estaba sola y que los jueces habían declarado una culpabilidad escasa. Su abogada y el fiscal lo habían repetido mil veces durante el juicio. Había jurado matarla y si no lo había conseguido fue porque logró zafarse y llegar a la calle donde una patrulla de la policía municipal, que pasaba casualmente por su portal, la había ayudado. Él, que corría tras ella con el cuchillo aún sangrante en la mano, se arrodilló pidiendo clemencia cuando los policías le esposaban. Clemencia para un asesino. Para un maltratador, que llevaba diez años convirtiendo su vida en una prisión con un final predeterminado.

De nada valieron su declaración ni la de sus amigas, ni familiares. Personas que habían sido testigos del deterioro paulatino de su existencia. Hablaron de humillaciones, de control, de alcohol, de golpes e insultos. El juez le preguntó mil veces porque no le denunció antes y ella solo podía contestar que tenía miedo. Un miedo atroz a que él se volviera más loco todavía y que llegase al punto al que irremediabilmente había llegado. Pero al juez, su miedo no le valió como excusa. Tampoco que el psicólogo declarase que se hallaba en un estado de ansiedad agudo, causado por años de maltrato. Ni que el forense o los sanitarios del hospital dijeran lo grave de sus lesiones, presentes y pasadas,

la operación que tuvo que sufrir para reparar el daño de la puñalada o las tres semanas que estuvo en el hospital ingresada. Todo eso fue obviado.

Solo escuchó las palabras del abogado defensor. Como manipuló la verdad para hacer de ella una mujer fría que había tratado a su marido con despotismo desde el primer día. Que había utilizado sus importantes ingresos para humillar a un hombre que siempre se había comportado como un buen ciudadano y buen vecino. Utilizó las evidencias médicas para justificar que ella no le hubiera dado un hijo que habría hecho de él un hombre profundamente feliz. Fueron vitales las declaraciones de sus ex compañeros de empleo, que declararon lo honrado que fue siempre y lo mucho que sufrió cuando le echaron del trabajo en un recorte económico. O las de su familia, que la acusaron de mirarlos siempre por encima del hombro y tratarle como a un ser inferior. Lo mal que lo estaba pasando porque no encontraba trabajo mientras su mujer era cada vez mejor valorada en su empresa. Al juez, si le importó que él pidió perdón, que se arrepentía profundamente, que le comieron los celos al verla con otro hombre, que creyó ver que él y ella se besaban apasionadamente y que no podía soportar la idea del divorcio, porque la quería con toda su alma. Qué él, no era un maltratador, solo había perdido los nervios, viendo que su mujer había solicitado el divorcio y no había esperado para lanzarse en brazos de otro. Y que las denuncias anteriores eran falsas, que ella las había puesto en la comisaría solo para librarse de él y poder estar con su amante. Los partes de lesiones o las amenazas no fueron suficientes para un juez que asentía y se entristecía al ver las falsas lágrimas correr por el rostro del acusado.

El sol cada vez más alto, calentaba su cuerpo exteriormente ya que el frío que sentía en su interior estaba arraigado en sus entrañas, convirtiendo su cuerpo en un bloque de hielo. Su cabeza repetía una y mil veces las palabras escuchadas en la boca del juez. Dos años y tres meses de cárcel para el hombre que la había maltratado, humillado y vejado durante diez años. Dos años y tres meses para el hombre que la había apuñalado mientras juraba que la iba a matar porque estaba con él o no estaría con nadie. Dos años y tres meses para el ser humano más malvado, dominante, posesivo y machista que se había cruzado en su vida. Sin embargo, nadie leyó la sentencia a la que se la condenaba a ella. Dos años y tres meses para reconstruirse. Dos años y tres meses para pensar cómo se libraría de él cuando saliera de la cárcel y fuera a buscarla para terminar el trabajo. Dos años y tres meses para poder volver a mirar a un hombre y no ver a un maltratador. Dos años y tres meses para levantar otra vez una vida, destruida hasta los cimientos.

Recordaba el momento de la orden de alejamiento cuando denunció por primera vez. Las marcas de los moratones cubiertas de maquillaje. El miedo nocturno cuando en sueños volvía a sentir el cuerpo pegado al suyo buscando la forma de follar con ella aunque ella no quisiera. Cuando él la esperaba en cada esquina, al salir de casa, del trabajo o del supermercado. Volvió a denunciar y aumentaron los metros pero eso no impidió que la llamase veinte veces al día para decirle que la estaba observando. Que sabía todos sus movimientos y que tendrían que volver a estar juntos. Esto se estaba yendo de madre y por una pelea no iban a romper un matrimonio feliz. Y luego vino el ascenso. Consiguió el puesto sin casi haberlo deseado pero cuando su jefe le dijo que sería la nueva directora de departamento, se sintió tan feliz, que decidió dar una pequeña fiesta en la oficina para celebrarlo con los compañeros. El mismo día que su abogada le dijo que los papeles del divorcio estaban ya en el juzgado y que con dos denuncias por maltrato era imposible que no lograra divorciarse. Todo empezaba a ir bien. A salir como ella quería.

Cuando la noche de la fiesta, su compañero Jorge y ella salieron del edificio donde trabajaban y él amablemente se ofreció a acompañarla hasta el coche porque el parking estaba muy oscuro, empezó la pesadilla. Arrancó, puso en movimiento el coche y en un segundo tenía un cuchillo de cocina en su cuello y un vaho caliente y ronco recorriendo su

cuerpo mientras la horrible voz de su ex marido le decía que fuese directa a casa que tenían que hablar de todo lo que había visto. Preguntas sobre su relación con Jorge, tirones de pelo si ella levantaba un poco la voz o amenazas de muerte por culpa de su imaginaria promiscuidad. Llegaron a casa y él escondió el cuchillo entre su cuerpo y el de ella, pero podía sentir la punta traspasando su ropa y clavándose en su costado. Y en la casa empezó el horror. Tortas y puñetazos. Patadas, escupitajos, intento de violación, amenazas y un sin fin más de horrores. En un descuido, consiguió llegar a la puerta, abrir y salir, pero él logró apuñalar su espalda. Aun así, corrió como pudo tras pillar sus dedos con la puerta. Bajó chillando y pidiendo auxilio por las escaleras pero nadie respondió en los dos pisos que tenía que bajar. Nadie abrió su puerta para rescatarla, para esconderla de un bárbaro. Estaba sola y un loco con un cuchillo iba detrás de ella. Ya en la calle la policía la vio y paró el coche. Se acabó, pensó. Le han cogido, va a ir a la cárcel. Ha intentado asesinarme y pagará por ello. De una forma horrible pero por fin, se había librado de él.

Sus pensamientos volvían continuamente al rostro que un día amó, cuando los policías se le llevaban a los calabozos una vez dictada la sentencia. Esa sonrisa, esos ojos malditos que le repetían que esto, solo era un paréntesis. En dos años y tres meses, estaría muerta. Él lo sabía y ella también. Un juez había decidido que sus lesiones físicas y psicológicas se pagaban con dos años y tres meses. Una condena injusta e insuficiente para un intento de asesinato y diez largos años de violencia verbal y física. Y sin decirlo si quiera, sin necesidad de pronunciar una sola palabra, ese mismo juez había dictado otra sentencia. A ella, a la víctima, a la mujer golpeada, agredida y humillada, ese juez la había condenado a muerte.